

AGUSTÍN GÓMEZ ARCOS

EL NIÑO PAN

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
M.^a CARMEN MOLINA ROMERO

CABARET VOLTAIRE

2023

PRIMERA EDICIÓN *diciembre 2006*
TERCERA EDICIÓN *abril 2023*
TÍTULO ORIGINAL *L'enfant-pain*

Publicado por
EDITORIAL CABARET VOLTAIRE S.L.
info@cabaretvoltaire.es
www.cabaretvoltaire.es

©1983 Éditions du Seuil
©de la traducción y prólogo, 2006 M.^a Carmen Molina Romero
©de esta edición, 2006 Editorial Cabaret Voltaire SL

ISBN-13: 978-84-938689-3-2
DEPÓSITO LEGAL: B-30667-2011
Printed in Spain

Dirección y Diseño de la Colección
MIGUEL LÁZARO GARCÍA
JOSÉ MIGUEL POMARES VALDIVIA

FOTOGRAFÍAS

Cubierta y solapa: niños de la posguerra, 1939
Interior: Agustín Gómez Arcos en los años 80
Derechos reservados

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro -incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet- y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRÓLOGO



La novela que hoy traducimos, *El niño pan*, es uno de los textos más entrañables de Agustín Gómez Arcos, porque nace de la misma entraña que da la vida: la tierra y la madre. Texto que surge de la tierra que lo vio nacer, de la raíz más profunda de la memoria, de la memoria natal del autor, de ese sustrato primordial del ser humano que se comunica con la sangre, con el pan, con los gestos más simples de la vida. Novela íntima que brota del recuerdo del niño pero que el autor transciende y sublima en símbolo con gran maestría. Sin duda esta novela hubiera podido estar no sólo dedicada a los padres y a los hermanos del autor, sino también a todos los que fueron niños en la guerra, víctimas inocentes de una violenta sin razón. Los hechos y las experiencias que este libro relata permanecen hoy todavía intactos en la memoria de muchos de nuestros padres y su generación.

Gómez Arcos siempre está del lado de los más débiles, de los que sufren, de los niños, de las madres rotas

por el dolor, de los derrotados y de los humillados. El autor vuelve una y otra vez a la infancia y a una visión que nos permite todavía extrañarnos sobre lo cotidiano y lo establecido como socialmente correcto. Mirada limpia de la infancia que contempla desamparada el sufrimiento y las lacras del mundo.

Aunque *El niño pan* se publica en 1983, es sin duda una novela que habría que considerar como anterior o previa a las demás, tanto por el periodo histórico que el argumento abarca en sí (los meses siguientes a la victoria franquista y la retrospectiva del niño a los años de la guerra y al momento en que se desencadena) como por la existencia de un boceto en español, *El pan*, sin duda embrión de esta novela y la prueba de que se trata de un proyecto largamente madurado por el autor que ya existía en su universo ficcional incluso antes de exiliarse. Rico magma narrativo donde se condensa no sólo lo que será *El niño pan*, sino también la posterior obra novelesca del autor.

Podemos afirmar que sin *El niño pan* no puede comprenderse del todo la evolución del universo de Gómez Arcos, pues esta pequeña historia de una familia en tierras almerienses anuncia lo que será el cambio profundo que trae la guerra y la consiguiente derrota para una parte del país. Los personajes gomezarquianos de *El cordero carnívoro*, de *María República* o de *Un pájaro quemado vivo* por ejemplo, se consumen en un universo de tristeza, de hermetismo y de silencio que ya se prefigura en *El niño pan*. Truculentos o heroicos, se encierran en un

caparazón, aquejados de un mal endémico, contagioso que provoca la muerte en vida mientras los opriime. A pesar de que en *El niño pan* el joven protagonista hará el firme propósito de luchar contra la tristeza y la derrota que parecen haberse instalado en su casa y en sus vidas para siempre, ésta pronto se comunicará al país entero que quedará sumido en un viscoso letargo.

La obra exiliada de este neofrancés que nunca abandonó su nacionalidad española es tierna o visceral, commueve o causa malestar, desprovista de compostura y de prejuicios literarios o de cualquier otra índole. Desde su afrancesamiento hasta su temática, Gómez Arcos incomoda. Su escritura trasgresora es, a veces, entrañable; otras, extraña y corrosiva; su crítica, mordaz. Desde sus magistrales descripciones de los sentimientos más primordiales (la madre, la infancia, el hambre) hasta las estampas al aguafuerte surgidas del sueño monstruoso de su ficción exiliada, sacuden hasta la última fibra del corazón del lector.

M.^a Carmen Molina Romero



EL NIÑO PAN



*A mis padres y hermanos,
y a mi tierra almeriense,
esta pequeña historia de
una época española.*



PRIMERA PARTE



Eran su padre y él. El niño.

Juntos bajaban por el encajonado camino, estrecho y accidentado, de Doña Jimena, entre el muro de piedra y la acequia de riego. Conducía hasta los balates del fondo de la vega. El sol iluminaba ya los altos del monte: la mañana se despertaba.

En el recodo, el olivo grande de la familia de los Javanos daba sombra amplia al estanque; los gargarismos de miles de ranas cesaron al acercarse. Con temeraria exactitud, la Cruz del Ángel, flanqueada por un puñado de violetas marchitas, perpetuaba el recuerdo de un crimen de sangre: crimen antiguo transmitido de padres a hijos en la historia del pueblo. (Muchas veces, de noche, mientras subía el camino con sus hermanos, esa cruz siniestra le había dado escalofríos: descontrolado miedo de un niño de seis años, pajarillo sorprendido entre la granizada.)

Su padre, cincuenta años, caminaba en silencio, taciturno, hundido, mirando al suelo; el niño permanecía callado, ahora confiado. A pleno día, el miedo no tiene cabida. Las cruces no son más de lo que son: dos trozos de piedra atravesándose.

Delante de ellos, la perra Alerta perseguía un abejorro negro. (Negro: color de muerte. Tía Manuela se

apresuraba a encenderles una luz a las ánimas del purgatorio cada vez que un abejorro negro, burlando la barrera de cortinas, entraba en su casa.) Y detrás las dos cabras, Niña y Lucera, preñadas ya, con las ubres enman diladas, y la burra Madrastra, que consintió en amamantar dos pollinos huérfanos.

Andaba el principio de abril, días después de la victoria de las tropas franquistas. El aire limpio, tranquilo y silencioso. Y de pronto, en esa quietud, un gran cuervo negro comenzó a graznar por encima de sus cabezas su canción de carroña. Chillido bronco. Entonces hay que gritarle amistosamente: «Juanico, ¿qué has comido?». Si contesta: «¡Tajás! ¡Tajás!», todo está en orden, nada quiere de vosotros... Así lo hizo el niño, el cuervo le respondió amablemente. Pero no se iba. Planeaba en el aire, como sostenido por un alambre. Tío Juan Antonio apareció:

—¡Vete ya, esperpento! Maldita la madre...

El miedo asomó de nuevo. Miedo intenso que emerge a la luz del día sin avisar.

—¡Padre, que viene!

Con la cabeza agachada, su padre reconoció la voz cascada del hombre, el enemigo, y palideció. El niño lo vio blanco como la tiza, repentinamente cubierto por una mortaja de cenizas. Rostro curtido por todas las intemperies, las del día y la noche, las de la guerra y la paz, que muda de golpe: dientes apretados, mandíbula amenazadora. La angustia. ¿Tuvo conciencia de dicha metamorfosis en ese preciso instante de una mañana soleada o tan sólo años después, en el silencio del

odio? De cualquier modo la percibió. Zarandeó a la burra que, a su vez, le hizo perder el equilibrio.

Tío Juan Antonio se detuvo en seco, la mirada alta, con fuego; la sonrisa incisiva, sin disimulo.

—¡Mira quién está aquí, el más listo del pueblo, el alcalde republicano, el justo entre los justos! Hace tiempo que tú y yo no nos habíamos visto las caras. ¿Te estabas escondiendo?

Su padre pronunció:

—Buenos días.

El otro dijo con una mueca:

—Buenos lo son para mí, en efecto. Hoy, mañana, pasado mañana serán excelentes días para mí. Para ti, lo dirá la Justicia.

—La Justicia ha terminado. La guerra la ha matado.

El niño cogió una piedra más gorda que su puño. Con el miedo en la punta de los dedos, lanzó una mirada desafiante a la Cruz del Ángel, lugar y seña de un crimen. Le hervía la sangre. Corona de plumas negras, pico y garras amarillos, el gigantesco cuervo planeaba aguardando la matanza.

—¡Todavía con tu arrogancia, como si aún fuera la semana pasada!

El padre continuó andando. El niño, quieto en el sitio, se había agarrado al ronzal de la burra.

—¡Dame eso! —dijo el padre.

Un apretón al bocado de hierro y Madrastra se puso en marcha a regañadientes, como una mártir.

El enemigo gritó con furia:

—¡Detente, hombre! Tenemos que cruzar unas palabras. Y cuanto antes mejor.

—Ninguna tú y yo.

—¡Muchas, cabezón! Ahora ya hay ley. Haré que te quemén en medio de la plaza.

El padre levantó la cabeza y miró fijamente a los ojos del predicador. Aprovechando ese momento de descuido, las cabras la emprendían con el sembrado de alfalfa; sus orejas móviles lanzaban hacia atrás como astutas miradas que no disimulaban del todo sus taimadas intenciones. Tío Juan Antonio retrocedió un paso.

—Ahora yo tengo la vara de alcalde...

El niño recordó una frase de antes de la guerra: «El hijo del alcalde». Era él. Había sido el hijo del alcalde.

—... ya no es tuya.

—Bueno, ¿y qué?

—Que, de ahora en adelante, se obrará con justicia. Y tú has de ser el primero en sentirla.

Las voraces cabras arrancaban la alfalfa.

—¡Hijo, cuida de las cabras!

Presa del pánico, el niño dio un silbido y usó la piedra, que rebotó en Lucera. Suplicó:

—¡Padre, vamos!

—Sí, vete con tu hijo. ¡Pero te juro que las pagarás todas en una!

Tirando de la burra, su padre se alejó sin volverse. La espalda ancha temblaba. El enemigo gritaba:

—¡Hasta tus hijos caerán esta vez! ¡Maldita simiente! ¡No ha de quedar ni uno!

El niño volvió la cabeza. El hombre blandía en alto su puño apretado. El año anterior, con aquel mismo puño —una mano abierta y extendida—, el hombre le había dado un racimo de uvas de la viña del Turco: «Toma y come, chiquillo». Hoy conoció la amenaza del puño. El puño del enemigo.

Su padre se derrumbaba. Un dolor terrible que el niño no comprendía, que no había visto nunca. Como el árbol que destrozan: aquel olmo que daba sombra a la casa de tío Rodrigo, su desgarro lento hacia el suelo después de la tormenta que lo partió por la mitad, el criterio de los gorriones arrojados de sus ramas, el esfuerzo de los mulos que lo arrastraron hasta el borde del camino, así era el dolor de su padre.

El niño cogió otra piedra. Le clavó las uñas con fuerza y la lanzó, asestando a las descontroladas cabras.

—¡Déjalas! ¡No son más que animales!

La voz de su padre apenas se oía... y de repente bramó, levantando los brazos al cielo:

—¡Dios! ¡Dios!

El niño sintió miedo y se puso a llorar. Nunca había visto nada semejante, ni siquiera a su madre la había visto hacer ese gesto. Sola en la casa, sin atreverse a salir a la calle por temor al odio, al desprecio de los vecinos. El niño sentía su llanto como un puñalillo en las entrañas. Y ahora, este otro llanto bronco, turbulento, que se escapaba por el pecho abierto de su padre como el ruido sordo de una avalancha. Esta herida en carne viva, este hombre vencido que lloraba así, era un acto criminal.

Aún peor que el crimen de sangre que perpetúa la Cruz del Ángel. Crimen sin nombre. Con sus seis pequeños años quiso odiar, y se esforzó en odiar. Reteniendo la rabia y la impotencia, murmuró:

—Padre...

—¡No, hijo, calla! Tú sólo eres un niño...

Se sentía mareado. Abril perfumaba el aire. De la tierra transcendía el soplo de una fecunda creación. Perseguido por Alerta, un lagarto atravesaba en zigzag el camino, borracho de zumo de moras, con la cabeza violeta.

—¡Cógelo! —gritó.

Sabio como animalillo del terreno, el lagarto, color de tierra, se ocultó en un abrir y cerrar de ojos bajo una lastra del muro. Alerta arañaba el agujero; gruñía con la espumilla en la boca, mirándolos humillada.

Su padre rio, secándose los ojos con el dorso de la mano con su habitual gesto. Saltando sobre el lomo con el trote de la burra, el niño coreó su risa.

—¡Alerta, Alerta! ¡Mocosilla! ¡Cobardona!

El padre abrazaba a la perra rabiosa.

—¡Déjala, hombre! No es un perro de caza.

Y la acariciaba con ternura, besándole la oreja.

Atrás quedaba el miedo, olvidado. La mañana amplia lo borraba todo. El niño no podía ver ahora la cara de su padre, pero su lento andar le daba seguridad.

Lento su padre, en calma como una balsa de aceite, incluso cuando, desde el balcón del ayuntamiento, exhortaba a la gente. «Camaradas, es

nuestro deber ganar esta guerra..., pero no quisiera arrastraros a una matanza: la muerte no es un acto de justicia.» Eso era durante la guerra civil. En brazos de su hermana mayor, Lola, sentía ya el orgullo de su raza. «Ese hombre fuerte, mi padre, con los brazos como mis piernas.» Y su hermana le decía:

—¡Escucha, niño, no olvides nunca sus palabras, está hablando nuestra sangre! La sangre de nuestro corazón y la de nuestra justicia.

Desde su pequeña superioridad de héroe, soñaba: «Mi padre. Me duermo, de noche, entre tu abrazo».

Un hombre asentía con la cabeza:

—Razón tiene Manuel. Viene de buena sangre.

El sol. ¡Tanto sol en abril!

Henchida de aire, Madrastra tomó a la izquierda la vereda que conocía de memoria, apartándose de la cuesta de Doña Jimena.

La leyenda de esta mítica señora se perdía en la noche de los tiempos y formaba parte de la memoria del pueblo. Dueña de todo el valle y de su gran cinturón montañoso, doña Jimena, muerto su esposo, partió la herencia entre sus dos hijos; y en vez de plantar mojones, dividió sus tierras con un camino real, para uso de hombres y bestias. Antes de encerrarse de por vida en un convento, dijo: «Que mi sangre se esparza como el agua de lluvia para que, con el tiempo, cada uno de mis descendientes tenga una gota de mi ser». Y sucedió

como en una profecía: a un lado y otro del camino, generación tras generación, las heredades se habían multiplicado. Cada una pertenecía a una familia distinta que provenía del mismo tronco: doña Jimena...

Pasaron una loma. Y apareció su haza de bancales escalonados, sembrada de almendros, abruptamente dominados por el tajo e interrumpidos por el barranco. Siete manzanos raquílicos, dos magníficas higueras, un pencil de chumberas y una colmena. Los almendros mostraban un verde de jade. Alrededor de los troncos parduscios, cobijados por las ramas cargadas de frutos, el dulce verde descolorido de la espiga de cebada, del habar y de los présules.

—Dentro de quince días tendremos buenas habas —anunció el padre.

«¡Yo sembré una melgal!», pensó el niño.

Se sentía orgulloso de su hazaña.

—¡Mira cómo brota tu olivo! Está lleno de yemas; hay que hacerle un cañizo para que las cabras no las ramoneen.

—Yo se lo haré.

Adivinó la sonrisa de su padre.

—Ojalá puedas, no es tan fácil.

Bravucón, con voz atiplada de seis años, prometió solemnemente:

—Pediré un brazado de cañas al tío Rodrigo, las mejores, del cañaveral de su estanque, me las dará. Antonio me hará la tomiza, que tiene tiempo en el monte. Ya verás.

Algo distraído, su padre murmuró:
—Y tú, ¿qué harás en la vida?

El segundo de los hijos, Manolo, compañero inseparable de primo Pepe y, sin duda por esto, el más culto de la familia, había respondido a esta misma pregunta, años atrás: «Padre, seré teniente». Su padre, que se lavaba las manos en los escalones del patio, asintió con la cabeza, convencido de la sensatez de la decisión. «El ejército es una buena carrera.» Y la madre: «Yo bordaré tus estrellas de seis puntas. Pero, hijo mío...». La madre, siempre con un «pero» en la boca, ahondando en la duda, en la angustia, como si adivinase la precariedad de su destino. Manolo era un chico optimista: sería teniente del ejército republicano. «Tendrás un nuevo pañuelo de seda, te lo prometo. Mujer del alcalde y madre de un teniente. ¡Señora Dolores!» Con su hermosa risa de mujer dichosa, la madre decía «¡oh, hijo!» como para suavizar la emoción sagrada de su pecho. «Y tú, ¿qué harás?» Seré teniente. Seré labrador. Seré pastor. Seré arriero. Cuatro hijos.

—Yo —respondió con tono decidido— haré primero el cañizo, sembraré otro olivo, y luego una parra y una higuera de invierno, en el patio, para que mi madre y mis hermanos tengan uvas e higos en diciembre. Y después...

El padre se volvió, un destello de ironía le iluminaba los ojos.

—¡Valiente empresario estás hecho! Y después... construirás una iglesia, ¿no?

El niño se puso rojo hasta las orejas.

—¡Hago altares porque no tenemos iglesia! ¡Es un juego!

Su padre lo miró, serio.

—Esa iglesia la teníamos antes, pero servía para otra cosa. ¿Es que no te gustaba transformada en cooperativa? Tenemos corrales para el ganado, casas para la gente, nos faltaba una cooperativa; la iglesia es grande, era mejor que una bodega o que un granero. Bueno, pero todo eso es pasado, mucho ha llovido desde entonces...

Le rondó de nuevo la tristeza por la cara. El niño detestaba la sombra que de improviso despertaban algunas palabras. Recordando el grito «¡Dios! ¡Dios!» y los brazos alzados de su padre, sintió otra vez el miedo solidificado en su interior. Gritó:

—¡Padre, las cabras!

Las espantó a pedradas. Y luego:

—Tendremos que remendarle el mandil a Lucera; por esos agujeros puede rajarse las ubres.

El niño temblaba.

—¡Deja de jugar a esas porquerías!

De una patada, su padre le destrozó el altarcico que había hecho bajo el jazminero. Estaba furioso.

—Me lo ha hecho Paco, para que juegue.

Su padre le amenazó con la mano. Nunca le había pegado, se limitaba a hablarle con severidad, con voz más grave que de costumbre.

—A tu hermano voy a estirarle yo las orejas, puedes estar seguro. Para que no te enseñe estas cosas. Si tiene tiempo de sobra, que te haga un camión de alambre o un aro, ¡pero nada de estas cosas que sólo sirven para curas!

El niño temblaba. El padre era tierno y duro. Él confundía a menudo caricias y regañinas. Luego, lo olvidaba.

—¿Puedo ver los conejos?

—Sí, venga vete. Pero no toques las crías. Y no vas a abrir las jaulas.

Corrió hacia el conejar. Le faltaba la respiración. Las conmociones que la familia había vivido desde que acabó la guerra, la ausencia incomprendible de una hermana y de dos hermanos, la vigilancia a la que se veía sometido su padre, habían hecho de él un niño propenso al lloro.

—Niño, deja de lloriquear. Tu padre viene dentro de cinco minutos. Ha ido al ayuntamiento a prestar una declaración.

—Los hombres que se lo han llevado, llevaban pistolas, madre, ¡los he visto!

También ahora comenzó a sollozar. Sentía dentro la garra del miedo. Acurrucado junto a la conejera, sollozó largo rato hasta quedarse dormido, sin haber visto los conejillos nacidos días atrás, ni haber tentado con un dedo temeroso la pelosilla gris de sus cuerpos.